

alma el amor de América y sus razas milenarias esclavizadas y explotadas; seguimos sus aventuras de estudiante en la Universidad de Chuquisaca, donde se recibió de abogado a los diez y nueve años y terminó por rebelarse contra el despótico gobierno de los godos peninsulares; le acompañamos en Buenos Aires, donde organizó partidos políticos y dirigió recias campañas de prensa contra el régimen colonial; y después en Chile, en el Perú, en Panamá, en Centroamérica, en dondequiera que anduvo, vencedor o vencido, elevado a altas posiciones, encarcelado, desterrado, perseguidor y perseguido.

“Potente felino con garras al acecho”, y “jaguar de América”, llama Echagüe a este paladín “del nombre taladrante y la voluntad despiadada, que pasó por el escenario de su tiempo sin bajar la frente, amado, temido y execrado”.

Garboso, bizarro, elocuente, tenaz y estudioso, Monteagudo no perdió ni un solo instante de su corta existencia, y de todo se aprovechó para realizarse y comunicar a los demás el fuego libertario que lo animaba. Estudió leyes, política, lenguas y literaturas, y se apoderó de los secretos de la palabra para defender la independencia americana. Era un solitario, aunque en todas partes se le veía, dispuesto siempre a la lucha sin cuartel, y al servicio, sucesivamente, de los grandes conductores San Martín, O'Higgins, Bolívar, a quienes en ocasiones inspiró y sostuvo lealmente en su acción política. Sus servicios a la causa de América fueron activos y constructivos. Organizó partidos y campañas de propaganda, fundó periódicos, escuelas y bibliotecas, y fulminó decretos y sentencias de muerte a los enemigos de aquélla. Por eso fué querido y odiado con pasión, y en la plenitud de su fuerza y de su influencia, a los treinta y cinco años de edad, murió apuñaleado por asesinos que obraron a oscuras, armados por las fuerzas reaccionarias que en Lima se oponían al establecimiento de la democracia americana.

Admirable por muchos conceptos es la biografía que de Monteagudo nos da Echagüe, y muy especialmente por el arte con que la escribió y por la pasión americanista que guió su pluma al trazar la figura del meteórico prócer tucumano cuya acción revolucionaria pudiera ser paradigma para las tímidas juventudes de hoy que no saben —como lo supo él— que el destino de América depende sólo del esfuerzo que ella misma haga para defender intrépidamente su espíritu y su patrimonio.

CARLOS GARCÍA-PRADA

J. G. BLANCO VILLALTA, *Conquista del Río de la Plata*.—Buenos Aires, Editorial “Claridad”, 1943. 394 pp.

A la gran mayoría de los historiadores el documento les pone un freno con anteojeras. Al biógrafo moderno se lo quita. El clima histórico que destilan las historias noveladas se busca para emanciparse del para-

mento. La historia novelada lo que investiga es la comprensión humana de una época. Lo que inventa —aunque sólo sea en parte— es la manera psicológica de reaccionar. El resto: lo que se sale del marco de la historia, la resultante de búsquedas y de prolijos análisis, es la síntesis de muchos estudios de especialización. A esta índole pertenece la *Conquista del Río de la Plata*, de Blanco Villalta, libro que acaba de salir de esa tahona de la letra impresa que es “Claridad” de Buenos Aires.

¿Se trata, acaso, de una novela histórica? Evidentemente, no. El verdadero historiador noveliza, pero no hace novela histórica. Esta la hicieron Payró en *El mar dulce* y Hugo Wast en *Lucía Miranda*. Otros novelistas han tejido episodios de la misma época. Lo que en sus relatos priva es la fantasía, la invención de personajes y situaciones, con un débil paramento de crónica cuyos hilos se mueven entre algunos seres arrancados de la historia.

Conviene, hecha la diferencia, acercarse limpio de prejuicios a estas sombras ilustres y atormentadas, vistas a la luz segura de su propia ley, donde las figuras no se deforman y donde la historia novelada adquiere contorno y garbo. No es Blanco Villalta un improvisador o un diletante de la cultura histórica. Es un laborioso investigador, un sereno espíritu, que ya nos dió su biografía novelada de *Kemal Atatürk* y su *Literatura turca contemporánea*. Ahora, en esta *Conquista del Río de la Plata*, sustenta la documentación copiosa para que le sirva de esqueleto, pero la envuelve en carne delicada y anchurosa espiritualidad. La que entrega no es la indagación fría y sin alma, no es la exhumación crítica ni la crónica erudita, sino el íntimo sentido trágico de la historia, engalanada con un traje de corte.

Aquí, en este rasgo, en la emoción evocativa, en el reencuentro con lo vivido, está la diferencia entre la historia novelada y la novela histórica. Blanco Villalta —como antaño Enrique Larreta en *Las dos fundaciones de Buenos Aires*— convierte al pasado en herramienta de belleza y a las sombras las reviste de carne. Como todo gran espíritu, a la crónica la calienta en el fuego de la pasión y es capaz de remover porque antes supo encenderlo todo. El ejemplo que sigue es el de Stefan Zweig en su refulgente *Magallanes*. Como aquél construyó biografías poemáticas, éste elabora historias noveladas que, aun siendo eruditas, tienen de poema por el modo de encarar la historia.

Fondo y forma se ajustan en la comprensión del pasado heroico. Distingue Blanco Villalta la época elegida en una síntesis raigal del espíritu ibérico, en un resumen condensado de los antecedentes que aclaran la conquista, en una serie de tapices que explican la actuación de don Pedro de Mendoza, el proceso a Juan Osorio, la fundación de Buenos Aires, la expedición de Ayolas, la muerte de don Pedro en alta mar, las expediciones de Alvar Núñez, la fundación de la Asunción del Paraguay, las hazañas de Irala y Juan de Garay, la segunda fundación de Buenos Aires y el aire insurgente de los mestizos de Santa Fe. Aquí se cierra el periplo, y con el teórico final de la conquista, aprehendida con descripciones plásticas o imágenes que fulguran, también termina el libro.

Blanco Villalta establece los orígenes históricos de la Argentina, parte de las fuentes y expone el tema con una extensión, gracia y profunda solidez hasta ahora no intentadas. Agrupa y aclara los antecedentes, el cuadro de ensueño y de tragedia, el tránsito de los conquistadores en la selva, las contraposiciones de lo desértico y la atracción horizontal de la riqueza, movilizándolo y exponiendo la materia de lo novelable desde el punto de vista de la Historia. Divide la época elegida en dos grandes etapas: la visión de los conquistadores hasta la muerte del Fundador y la odisea en las selvas y las exploraciones paraguayas hasta la sublevación santafecina; y en cada una de las dos realiza una resurrección lírica, millonaria de imágenes, fijando la emoción en las personas, en los modos expresivos de la época y en las hazañas que recogen con más ímpetu estos modos.

Blanco Villalta, al realizar su redescubrimiento poético y emotivo, contabiliza el documento, le añade un grano de imaginación y rescata la verdad de la historia a través de su temperamento de artista. Reintegrando lo histórico a lo garbosamente humanizado, no identifica la historia a la filosofía, sino que, recogiendo en su biblioteca para leer a los cronistas y a los historiadores preferidos, les va recobrando sentido y color, les despoja de la burda vestimenta manchada de polvo y fango y, con un amplio conocimiento del tema en desarrollo, consigue una historia de poeta en la que es preciso subrayar las interpretaciones, el fondo erudito disimulado por la función del artista, el compromiso a que llega entre la expresión colectiva y la expresión individual y el método poético unificador de la tierra y el hombre, no perturbado en el desenvolvimiento de la línea y la claridad de la perspectiva.

\*  
\* \*

MAX DICKMANN, *Los frutos amargos*.—Buenos Aires, Biblioteca de Escritores Argentinos, Vol. 2, Editorial Claridad, 1943. 238 pp.

Gran documentador. Gran psicólogo. Como William Faulkner, prosista-literato. Y también, en este orden de cosas, ducho en usar sorpresivamente de una cultura espesa. Al leer los cuatro capítulos de *Los frutos amargos*, por la técnica discontinua y las acciones paralelas me ha recordado al animador de *Las palmeras salvajes* y a John Dos Passos, el formidable analista de la contemporaneidad norteamericana. Hondos de psicología, regalados de sangrante humanidad, de ciencia de la vida, destinados a combatir puntos oscuros de la situación argentina, a aclarar encontronazos raciales, los dos personajes-guías de la novela de Max Dickmann lo miran y lo ven todo, lo palpan y se yerguen como seres a quienes las cosas penetran.

*Los frutos amargos* viene a decirnos, a sugestionarnos, a obligarnos al tránsito por caminos que se bifurcan, y este decir, sugestionar y bifurcarse tienen por objeto presentar situaciones de prejuicio racista, creadas por extranjeros impermeables a la tierra nueva en que conviven.